



Dementiev Alexey

España vs Portugal: el pasado turbulento y el presente espinoso

Dementiev Alexey, Doctor en Filología,
Profesor titular del Departamento del Español
de la Universidad MGIMO, Moscú, Rusia.
alexdem_madrid@mail.ru

Resumen. España y Portugal - vecinos ibéricos, unidos por la geografía peninsular y desunidos por avatares históricos. El medioevo estaba plagado de guerras, dominaciones y resistencias mutuas. El siglo XVI es caracterizado por el esplendor marítimo y la expansión territorial de ambas naciones que por razones dinásticas vivieron un controvertido período de “Unión Ibérica” (1580-1640). En las épocas posteriores tuvieron muchas coincidencias: decadencia política y económica en los siglos XVII-XVIII, revoluciones infructuosas de corte liberal en el siglo XIX, caída de monarquías y existencia de regímenes dictatoriales en el siglo XX. De manera casi simultánea (a mediados de los años 70) ambos países iniciaron la transición hacia la democracia. A partir del 1º de enero de 1986 España y Portugal se convirtieron en socios en el espacio europeo. En la actualidad España y Portugal son dos de los socios europeos con mayor integración económica. Sin embargo, existen entre ellos controversias en lo referente a la delimitación marítima, ecología, uso compartido de agua, energía, redes ferroviarias e infraestructura vial. Pese a la notable aproximación en muchas esferas no resulta fácil echar en olvido los tradicionales recelos. Todavía persiste la desconfianza de los portugueses hacia los españoles y la indiferencia española hacia Portugal.

Palabras clave: España, Portugal, países vecinos, similitudes históricas, falsos amigos, guerras dinásticas, disputas territoriales, dictaduras, iberismo.

Dementiev Alexey

Spain vs Portugal: the turbulent past and the complicated present

Abstract. Spain and Portugal - Iberian neighbors joined by the peninsular geography and disjoint by historical avatars. The Middle Ages were riddled with wars, domination and mutual resistance. The 16th century is characterized by marine splendor and territorial expansion of both nations that for the dynastic reasons lived through a controversial period of “Iberian Union” (1580-1640). In later times they had many coincidences: political and economic decline in the 17-18th centuries, fruitless revolutions of liberal court in the 19th century, fall of monarchies and existence of dictatorial regimes in the 20th century. In an almost simultaneous way (in the middle of the 70s) both countries initiated the transition towards democracy. From the 1st of January, 1986, Spain and Portugal turned into partners in the European space. At present Spain and Portugal are two of the European associates with major economic integration. Nevertheless, controversies as for maritime delimitation, ecology, shared use of water, energy, railway networks and road infrastructure exist between them. Despite a significant approach in many spheres it is not an easy matter to forget the

traditional mistrust. Still there persists a suspicion of the Portuguese towards the Spanish and the Spanish indifference towards Portugal.

Keywords: Spain, Portugal, nearby countries, historical similarities, false friends, dynastic wars, territorial disputes, dictatorships, iberism.

Introducción

La importancia del artículo radica en la necesidad de incorporar matizaciones nuevas a los seculares vínculos entre dos grandes naciones ibéricas, supliendo, aunque sea de manera breve e incompleta, la lamentable falta de conocimiento de la historiografía rusa en la esfera de las peculiares relaciones hispano-portuguesas tanto en el remoto pasado, como en la actualidad.

El objetivo del estudio es dar análisis imparcial a los parámetros políticos, institucionales y económicos que regían los destinos de España y Portugal en sus relaciones bilaterales a lo largo de su historia desde la Edad Media hasta nuestros días. Los métodos de investigación usados en este trabajo se basan en la dialéctica cognitiva, neoinstitucionalismo comparativo y etnopolitología clásica.

España y Portugal son dos países fronterizos que comparten mucho en las esferas política, social, comercial, turística y cultural. Sin embargo, esta proximidad se ha convertido en varias ocasiones en barreras para una fructífera cooperación. Desde el punto de vista de los portugueses, la proximidad española se ha visto a lo largo de los siglos como una amenaza a la soberanía portuguesa. Desde la perspectiva española, Portugal no siempre reconocía la supremacía de España en temas políticos y económicos. De modo que Portugal siempre quería diferenciarse, mientras que España trataba de aproximarse, imponiendo sus criterios. Estas dos tendencias opuestas daban lugar a muchas desavenencias, porque el deseo de diferenciarse se interpretaba al otro lado de la frontera como signo de enemistad, mientras que la aproximación podría calificarse como deseo de sojuzgar. Un ejemplar gráfico de estos posibles equívocos nos da la palabra iberismo, interpretada por los españoles en sentido neutro o incluso positivo, apuntando a las similitudes geográficas, históricas y culturales, pero por los portugueses a veces en sentido negativo — como subordinación a España. “De Espanha nem bom vento nem bon casamento” — dicen los portugueses [1, p. 11], afirmando en tono burlón y con cierta resignación histórica que todos los males que achacaban a Portugal en el pasado remoto y reciente se fraguaban en el país vecino.

La desconfianza, basada en el pasado turbulento, es fenómeno bastante común entre los pueblos europeos. Hay desconfianza histórica entre los húngaros y los rumanos, los italianos y los austriacos, los franceses y los alemanes, los polacos y los rusos, los norteamericanos y los mexicanos, los peruanos y los chilenos. La lista tiende a ser interminable. Pero ¿qué fantasmas se intercalan entre los españoles y los portugueses en la actualidad? Para entenderlo damos a continuación algunos datos comparativos.

España tiene una superficie de 506 mil km² con una población de 46,6 millones de habitantes, mientras la superficie de Portugal es de 92 mil km² y la población es de 10,3 millones de personas. De tal modo España supera en más de 4 veces a Portugal tanto en territorio, como población. España es la economía número 11 por volumen del PIB, Portugal — número 46. El PIB per cápita en el caso de España es de 25 mil euros, de Portugal 19 mil euros. Salario medio: en España 26,5 mil euros, en Portugal 17,5 mil. Es decir, España es más extensa, más poblada y más próspera que Portugal, lo que suscita cierto recelo y rencor entre los portugueses.

A pesar de la vecindad, los españoles ven con mejores ojos a otros países como Alemania y Francia, que aventajan a Portugal que es colocada en tercer lugar. El 7,2 % de los españoles tiene muy buena opinión de Portugal y el 57,5 % tiene buena opinión. Los portugueses escogen a España como el mejor país para residir y tener al lado. Sus opiniones buenas y muy buenas suben hasta cerca del 80 % de los portugueses entrevistados por el Centro de la Universidad de Salamanca, que trabaja en cooperación con el Instituto Universitario de Lisboa [9]

El pasado turbulento

En la Edad Media las guerras entre portugueses y los reyes de Castilla y León era fenómeno frecuente [7, c. 92–94]. Bastaría mencionar la batalla de Cerneja (1137) en Galicia, donde Don Afonso Henriques, firme aspirante al trono portugués, derrotó a los leoneses. En 1140 el rey castellano Alfonso VII invadió Portugal, pero fue rechazado por los portugueses en Arcos de Valdevez. En 1143 ambos bandos firmaron el armisticio (Tratado de Zamora), reconociendo a Don Afonso Henriques rey de Portugal. La alevosía era

una característica propia tanto para los españoles, como portugueses. Por ejemplo, en el año 1169 el rey de Portugal Don Afonso Henriques, que estaba en paz con su yerno Don Fernando II, rey de León, intentó arrebatarle la ciudad de Badajoz, violando todos los compromisos asumidos por ambas partes. Pero la operación resultó un fracaso, ya que en una escaramuza cerca de Badajoz el portugués se fracturó la pierna y fue hecho prisionero. Fernando II, sin embargo, quiso ser generoso con su suegro y le dejó en libertad a condición de que Afonso Henriques le devolviera las tierras gallegas, conquistadas por los portugueses anteriormente.

El rey Afonso III a partir de 1250 luchó contra el rey castellano que presumía tener derecho a la posesión de Algarve. El nuevo Tratado de Badajoz, firmado en 1267 puso fin a esta disputa territorial, quedando esta zona meridional de la península ibérica en manos portuguesas. Don Dinis, sucesor de Afonso III prosiguió las luchas fronterizas contra los castellanos, apoderándose en 1295 de algunas tierras situadas entre el río Duero y su aluente Còa.

En 1336 entre portugueses y castellanos estalló otra guerra, motivada por los supuestos malos tratos dados por el rey de Castilla a su esposa Doña María, hija del rey portugués. Gracias a la mediación del Papa Benedicto XII se logró establecer la paz.

El rey de Portugal Don Fernando siguió la tónica belicosa de sus antepasados y llevó a cabo tres guerras contra Castilla en los años 1369–1373, 1372–1373 y 1381–1382. Justo en aquella época se registró la aproximación política y militar entre Portugal e Inglaterra. El punto álgido de la confrontación luso-castellana corresponde a los años 1384 y 1385. En 1384 el rey de Castilla Juan I invadió Portugal, asedió Lisboa por tierra y por mar. Pese a muchas penurias la capital se defendió heroicamente. Pasadas varias semanas las tropas castellanas exhaustas y diezmadas por la peste levantaron el cerco y abandonaron el territorio de Portugal.

En 1385 se produjo la cruenta batalla de Aljubarrota – muy memorable para los portugueses e insignificante para los españoles. A pesar de una marcada inferioridad numérica, las tropas portuguesas (bajo el mando del héroe nacional Nuno Álvares Pereira), apoyadas por arqueros británicos, derrotaron a los invasores castellanos [3, p. 58]. A partir de aquella fecha la independencia de Portugal fue asegurada. Esta batalla es un ejemplo gráfico de la llamada “historia selectiva”: extremadamente significativa para unos y carente de toda mención para la parte opuesta. Tampoco es proclive la historiografía española a resaltar el hecho de que la conquista de la ciudad nortáfricana de Ceuta en 1415 fuese obra de los reyes portugueses. En 1640 Ceuta no sigue a Portugal en su secesión, prefiriendo mantenerse bajo la soberanía de Felipe IV. En 1668 el Tratado de Lisboa firmado entre España y Portugal reconoce la soberanía española sobre Ceuta.

Es ingenuo creer que en aquellos turbulentos años siempre los de Castilla fuesen “chicos malos”. Los reyes portugueses no quedaban a la zaga del expansionismo castellano, valiéndose de los derechos dinásticos. Por ejemplo, Don Afonso V, esposo de Doña Juana, hija única del rey de Castilla, invadió en 1476 el territorio del reino vecino, buscando la corona castellana, pero fue derrotado en la batalla de Toro (provincia de Zaragoza). Aquella victoria fortaleció las posiciones de los futuros Reyes Católicos Isabel y Fernando en el transcurso de la Guerra de Sucesión Castellana.

En el medioevo las relaciones bilaterales estaban llenas de paradojas: Don Afonso Henriques consiguió tornarse primer rey de Portugal (en 1139) enfrentando las tropas de su madre, Doña Teresa que era catellana; la única Reina Santa que tuvo Portugal era Santa Isabel (1282–1325), nacida en Aragón; Felipe II de España llegó a ocupar el trono luso(en 1580) porque, entre otras razones, era nieto del rey Manuel I (1495–1521), lo que le permitió reclamar el derecho sucesorio.

No quedaba Portugal a la zaga de España en lo referente a la pureza de la sangre. En 1496 Manuel I, siguiendo el ejemplo de sus yernos Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, mandó expulsar de su reino a todos los judíos y moros que no quisieron abrazar la Fe Cristiana. Esta medida de Manuel I desagradó a unos y agradó a otros, especialmente a su esposa Doña Isabel, hija de los Reyes Católicos.

Los problemas territoriales entre España y Portugal en su vertiente marítima comenzaron en el siglo XV, cuando ambos estados iniciaron su expansión en el Atlántico [4, p.12]. Eran dos potencias no sólo marítimas, sino además fervorosamente católicas, lo que explica la implicación de los Papas de Roma como mediadores en los conflictos. Ya a mediados del siglo XV, cuando se hicieron notables los descubrimientos portugueses, estos acudieron al Papa de Roma quien les concedió la exclusividad en las exploraciones y conquistas mediante dos documentos papales o bulas pontificias. Con el descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón en 1492 las disputas territoriales amenazaban con desembocar en conflicto armado. Ante esta peligrosa situación representantes de las dos coronas se reunieron en la ciudad castellana de Tordesillas en 1494, donde nació el famoso Tratado que postuló la división de los nuevos territorios en torno a una línea imaginaria trazada a 370 leguas al oeste de las islas Cabo Verde. Hacia el oeste de esa línea las

nuevas tierras descubiertas serían españolas, mientras que al este de la misma pertenecerían a los reyes de Portugal. Los “ganadores” del Tratado de Tordesillas serían los portugueses, porque la parte más próxima de América a las islas Cabo Verde, el actual Brasil, resultó dentro de su zona preferencial. Algunos historiadores consideran que es muy posible que los portugueses conociesen ya la escasa distancia de las costas brasileñas a las islas Cabo Verde y de ahí su intento de “mover” la línea divisoria hacia el oeste.

Esta situación se mantuvo más o menos estable hasta que en 1522 la expedición, iniciada por el portugués Magallanes al servicio de los reyes españoles, tuvo éxito y demostró la rentabilidad de una ruta hacia las Indias por el oeste. La verdad sea dicha que fue un súbdito español, el vasco Juan Sebastián Elcano, el que completó el largo y peligroso viaje alrededor del mundo, ya que Magallanes fue muerto en abril de 1521 en una escaramuza con los aborígenes de la isla filipina de Mactán. Debido a las insuficiencias del Tratado de Tordesillas que no previó la existencia del hemisferio occidental, los españoles comenzaron a afirmar que las Islas Molucas, entre otros territorios, se encontraban en la zona española. Por esta razón se acordó el Tratado de Zaragoza, por el cual el rey de España en 1529 vendía todos sus derechos a la conquista, posesión y comercio en aquella zona por 350.000 ducados de oro. Con este acuerdo las Islas Molucas y las especias que de ahí proveían quedan en manos portuguesas, mientras España se concentra en la creación de un imperio en América y “descuida” sus intereses en Asia.

En la época “felipina”, denominada así en honor a los reyes españoles Felipe II (1556–1598), Felipe III (1598–1621) y Felipe IV (1621–1665), Lisboa por su ubicación estratégica llegó a ser una de las ciudades más importantes del imperio. Precisamente de Lisboa partió el grueso de la llamada “Grande y Felicísima Armada”, bautizada en la historiografía universal como “Armada Invencible” [2, p. 189]. Un papel importante en aquella flota correspondía a la escuadra portuguesa, en que sobresalía el buque insignia “*São Martinho*” al mando del duque de Medina Sidonia. En la Armada los navíos portugueses eran mejor armados y de tripulaciones más experimentadas. Sin embargo, la guerra iniciada por Felipe II contra Isabel I no gozaba de popularidad entre los portugueses, unidos por estrechos lazos históricos con Inglaterra.

Otro ejemplo fue protagonizado en 1581 por Miguel de Cervantes Saavedra que — una vez concluido su agobiante cautiverio en Argel — se dirigió a Lisboa, donde se encontraba la corte imperial, a fin de solicitar a Felipe II un empleo más o menos digno para un valeroso combatiente de Lepanto.

El período “felipino” (1580–1640) no era de las más felices para los portugueses: los intereses nacionales de Portugal fueron despreciados, los impuestos se tornaban insoportables, las posesiones ultramarinas corrían graves amenazas por ataques de corsarios británicos y holandeses, enemigos de España. Felipe IV de España (Felipe III de Portugal), llamado en su patria Felipe el Grande, entró en la historia portuguesa con el nombre de “*Opressor*”. No era de extrañar que en diciembre de 1640 estallara una revuelta antiespañola con la activa participación de la nobleza portuguesa. Con la proclamación en 1641 de João, Duque de Bragança, rey de Portugal (con el nombre de João IV) fue restaurada la independencia de Portugal, asegurada definitivamente sólo al final de una larga confrontación bélica contra España, concluida en 1665 [7, p.177].

Los portugueses guardan rencor por los episodios nefastos, relacionados con las guerras napoleónicas. En 1793 España y Portugal, siguiendo el ejemplo de Gran Bretaña, entraron conjuntamente en la guerra contra la Francia revolucionaria. Sin embargo, en 1795 España sin informar a su aliado portugués selló las paces con Francia. Peor aún en 1801 España, alentada por Napoleón Bonaparte, entró en el territorio portugués y tras una breve operación bélica (20 de mayo–6 de junio de 1801) se apoderó de varias ciudades portuguesas - Arronches, Campo Mayor, Portalegre, así como de la provincia de Olivenza (Olivença), que nunca fue restituida [1, p.184–190].

Otro disgusto histórico lo tuvieron los portugueses a causa del Tratado de Fontainebleau, firmado por los representantes del Emperador de los franceses y de Manuel Godoy, valido del rey Carlos IV. El documento estipulaba la invasión franco-española de Portugal y la partición de ese país en tres zonas de influencia extranjera. Francia y España no lograron sus objetivos, ya que tres invasiones francesas de 1807, 1809 y 1810 fracasaron.

En las posteriores décadas del siglo XIX las relaciones entre ambos países se caracterizaron por cierta estabilidad y la feliz ausencia de conflictos armados. La difícil situación económica y las revoluciones infructuosas de corte liberal eran la tónica imperante tanto en España como en Portugal. Portugal aventajó al vecino país por haber despedido en 1910 la monarquía. En España la II República se instauró en el año 1931.

Las dictaduras de António de Oliveira Salazar (1932–1968) y de Francisco Franco (1939–1975) dominaron buena parte de la historia del siglo XX de ambos estados. Desde la caída de la monarquía a raíz de la Revolución del 5 de octubre de 1910 en Portugal hasta los años veinte las relaciones bilaterales eran tensas. El general Primo de Rivera en España las suavizó parcialmente al encontrar similitudes ideológicas con el régimen portugués.

Durante la Guerra Civil española Salazar apoyó el levantamiento nacional de 1936 desde un primer momento, motivado por la oportunidad de terminar con “las influencias revolucionarias” de la II República Española, y a través de sus fronteras se suministró apoyo a los sublevados. El 17 de abril de 1939 Franco y Salazar firmaron en Lisboa el llamado Pacto Ibérico, un acuerdo de amistad y no agresión.

Durante la primera parte de la Segunda Guerra Mundial las relaciones bilaterales empeoraron debido a los intereses divergentes de ambos estados en el conflicto global por la afinidad de Portugal hacia Inglaterra. Un año más tarde, una reunión entre Franco y Salazar celebrada en Sevilla en febrero de 1942 sirvió para aproximar las posiciones de ambos países, que en diciembre del mismo año anunciaron la proclamación del Bloque Ibérico.

A pesar de la confluencia de ideologías y opiniones, en ningún momento entre ambos dictadores se estableciera una relación de amistad y simpatía [1, p. 211]. Se observaban con cierto recelo y su relación se asemejaba a la de vecinos que al encontrarse en el ascensor se limitaban, por delicadeza, de hablar del mal tiempo que hacía o de lo cara que se ponía la vida. El primer ministro portugués visitó España en pocas ocasiones, en primer lugar, porque detestaba salir de casa, ya que toda salida implicaba gasto inútil de dinero; en segundo lugar, porque las carreteras entre ambos países no eran tan buenas como ahora; en tercer lugar, porque a Salazar no le gustaba la comida española porque en ella abundaban “*alimentos gordurosos*”.

Salazar reconocía el valor del Generalísimo en la lucha contra la República, mientras Franco agradecía al primer ministro luso su apoyo diplomático y sobre todo logístico durante la Guerra Civil española. Sin embargo, le miraba a Salazar algo por encima del hombro. Como recompensa el luso no dejaba de hablar de la importancia de la batalla de Aljubarrota y de la expulsión de los “*Filipes*” de Portugal en 1640 [6, p. 20–64].

Las relaciones entre España y Portugal hacia 1949 podían considerarse en cualquier caso como buenas, aunque el gobierno de España se manifestó opuesto a la pertenencia de Portugal (miembro fundador) a la OTAN en múltiples ocasiones. Un desencuentro entre ambos estados se produjo en 1956 a raíz del establecimiento de relaciones diplomáticas con India. En este tema existían discrepancias, porque España era más proclive que Portugal a posturas anticolonialistas [5, c. 397–401].

Portugal, pequeño en población, riqueza y ejército, sólo pudo mantener ese imperio mientras su tradicional aliado, Inglaterra, a la que le ataba un tratado desde el siglo 1373, le pudo proteger. A diferencia de Francia, Reino Unido y Bélgica, que a regañadientes aceptaron la descolonización, Portugal se empeñó en guerras coloniales, lo que le acarreó el boicot de los países africanos independizados. Una vez que los ingleses se retiraron de la India, en 1947, las ciudades portuguesas en el suelo hindú estaban condenadas: en 1961 fueron ocupadas militarmente. Y el puerto portugués de Macao pasó a China en 1999, dos años después de la entrega británica de Hong Kong a Pekín.

Cuando los oficiales de la Revolución de los Claveles (abril de 1974) derrocaron al primer ministro Marcelo Caetano y luego al general Spínola, temieron que los carros blindados españoles penetrasen a través de Extremadura en dirección a Lisboa. Los temores resultaron injustificados, sin embargo, esta posibilidad no debía descartarse. Carlos Arias Navarro, el último Presidente del Gobierno de Francisco Franco, dijo en privado al embajador de EE.UU. en 1975 que España estaba dispuesta a ir a la guerra con Portugal si empezaba a extenderse el comunismo como consecuencia de la formación de un gobierno de izquierdas en Lisboa. A partir de 1974–1975 ambos países realizaron un camino común hacia la integración europea. Las relaciones bilaterales han mejorado muchísimo después del ingreso en mayo de 1982 de España en la OTAN y la entrada conjunta el 1 de enero de 1986 en la Comunidad Económica Europea (actualmente la Unión Europea).

La simultánea adhesión a la Comunidad Económica Europea provocó ciertos temores – poco justificados – en la sociedad portuguesa. Los sectores nacionalistas lusos alardeaban su desconfianza, asegurando a sus compatriotas que se iban a convertir en esclavos no tanto de los comunitarios, sino de los españoles. Temían que la abolición de las fronteras, libre circulación de personas y bienes, pudiesen acarrear como consecuencia la ocupación española. Decían que, ocupados sin resistencia por los invasores hispánicos, serían europeos de primera, españoles de segunda y portugueses de tercera.

Sin embargo, estaba claro que Portugal sin su imperio colonial y con una economía decadente no tenía más salida para sobrevivir que una mayor vinculación a España. La adhesión a la Unión Europea facilitó la entrada de compañías e inversiones españolas en el espacio económico portugués. Los primeros “invasores” fueron bancos, compañías eléctricas, petroleras, constructoras y telefónicas. El Corte Inglés abrió su primer centro fuera de España – precisamente en Lisboa. España se convirtió en el primer importador de bienes y servicios portugueses.

Durante su visita de estado a España (16–18 de abril de 2018) el Presidente de Portugal Marcelo Ribeiro de Sousa dio algunas cifras que evidenciaron el alto grado de cooperación económica entre ambas

naciones: en 2017 España exportó a Portugal un total de mercancías por valor de 19.843 millones de euros e importó de allí más de 11.000 millones de euros. Portugal es el cuarto destino de exportaciones y el octavo proveedor de España. España exporta a Portugal más que a toda Iberoamérica en su conjunto. El stock de inversiones españolas en Portugal alcanzó en 2017 16.477 millones de euros, con generación de más de 100.000 empleos y un asentamiento de 1.200 empresas nacionales. En España actualmente radican unas 600 empresas portuguesas que dan unos 20.000 empleos. La cercanía territorial facilita enormemente el alto grado de conexión turística. En 2016 un total de 4,7 millones de españoles visitaron Portugal y 2,1 millones de portugueses se adentraron en España [10]. La política europea de ambos países constituye un poderoso elemento de aproximación, debido a los importantes retos compartidos, como consolidación de las políticas comunes, seguridad ciudadana, terrorismo, inmigración ilegal y otros.

En una entrevista concedida a periodistas españoles el Presidente de Portugal M. Rebelo de Sousa calificó las relaciones con España como “excelentes”, subrayando que “desde que entramos en democracia hubo un viraje histórico, de la buena relación institucional pasamos a una amistad fraternal democrática” [11].

El presente espinoso

No es toda buena vecindad y entendimiento mutuo en las relaciones luso-hispánicas. Precisamente la proximidad geográfica entraña escollos, no siempre fáciles de superar. A continuación, vienen algunos ejemplos.

Entre ambas naciones existe un conflicto territorial concerniente a las Islas Salvajes (*Ilhas Selvagens*), que es un archipiélago formado por tres islas principales y varios islotes, situados en el Atlántico septentrional, entre las islas Canarias (a 165 kilómetros) y las islas Madeira (de las que distan 280 kilómetros). [La situación geográfica de las Salvajes, más cerca de Canarias que de Madeira, ha llevado a conflictos territoriales entre Portugal y España.

El verdadero problema que esconden estas islas no es la tierra que es prácticamente inhabitable, sino toda el agua que la rodea, miles de kilómetros cuadrados de mar y su posible explotación en forma de caladeros, plataformas petrolíferas, etc. Según la legislación marítima internacional un país soberano que posee islas, islotes o peñones en alta mar es titular también de las doce millas de agua que los rodean. Si la isla está habitada, le corresponden otras 188 millas, hasta completar las 200 millas de lo que se conoce como Zona Económica Exclusiva. [Y ahí surge el conflicto. España afirma que las Islas Salvajes no son territorio habitado, porque la presencia humana constante es muy reciente. Y tiene razón, porque de hecho allí no residen más que algunos militares y guardianes. Las autoridades portuguesas sostienen que si no vive en la zona más gente es porque se trata de una reserva protegida. En España el conflicto ha tenido hasta ahora poca repercusión, no así en Portugal, donde la soberanía sobre el archipiélago y sus aguas es defendida con energía desde que empezaron a surgir las dudas. Todos los presidentes, incluyendo al actual Jefe de Estado M. Rebelo de Sousa, visitan las Salvajes en un gesto simbólico por demostrar que es un territorio portugués. Ninguno de los dos países quiere complicar las buenas relaciones, pero el arreglo pacífico, que ambos desean, tropieza con los 10.000 kilómetros cuadrados de mar rico en caladeros de pesca y dudas sobre la existencia de gas y petróleo en el fondo.

Otro tema espinoso es el funcionamiento de la central nuclear de Almaraz, situada en la provincia de Cáceres a 100 km de la frontera con Portugal y refrigerada por el río Tajo. Tiene dos reactores que entraron en servicio comercial en 1981 y 1983 respectivamente. Aunque la licencia de funcionamiento expira en los años 2021 y 2023, los ecologistas lusos hablan insistentemente de que están preocupados ya que la central tiene más de 30 años de funcionamiento y en los últimos años se produjeron varias paradas no programadas del reactor.

Tampoco se han calmado los ánimos de los ecologistas portugueses en torno a la decisión de Madrid, tomada hace muy pocos años, de construir un almacén de residuos nucleares en la zona próxima a la frontera con Portugal. Los portugueses quedaron disgustados no solo por la peligrosa ubicación del almacén, sino además por el hecho de que en ningún momento fuesen notificados oficialmente sobre tal propósito de los españoles.

No todo “está atado y bien atado” en lo referente a las cuencas hidrográficas. Es que varios ríos de abundante caudal como Tajo, Duero, Guadiana y Miño nacen españoles, pero después se tornan portugueses. Los ambientalistas advierten que los ríos pasan últimamente por la peor crisis de su existencia a causa de sequías, polución, regadíos y el uso excesivo de fertilizantes en las zonas ribereñas.

España y Portugal firmaron diversos convenios (el primero en 1864 y el último a finales de 2009) sobre el debido aprovechamiento de agua dulce. En todos ellos las palabras clave son el “aprovechamiento

hidroeléctrico y hidráulico”. Tanto Madrid como Lisboa estaban interesados principalmente en repartir el potencial primero hidroeléctrico (la capacidad de producir energía en los tramos internacionales de los ríos) y después — cuando empiezan a vislumbrarse los problemas de escasez de recursos hídricos —, repartir el potencial hidráulico de los ríos. Es decir, el caudal de los ríos destinado a tales usos como abastecimiento público, agricultura, regadío y otros. Pese a las preocupaciones lusas, las relaciones de los dos países ibéricos en el tema de las aguas transfronterizas se puede calificarlas como “civilizadas” — especialmente si las comparamos con las relaciones existentes entre otros estados ribereños, como, por ejemplo, EEUU y México. Sin embargo, a finales del siglo XX las grandes obras ejecutadas por España — como el Trasvase Tajo-Segura —, han puesto en peligro esa buena relación.

La pertenencia de España y Portugal a husos horarios no coincidentes (una hora de diferencia) testimonia la proximidad histórica de Portugal al Reino Unido (que están en el mismo huso horario). Esta diferencia poco lógica desde el punto de vista geográfico no favorece a una mayor compenetración luso-hispánica, ya que todo viajero que cruza la frontera española tiene que adelantar el reloj una hora. “Una hora hurtada. Hasta en eso nos roban los españoles” — dicen con ironía los portugueses y añaden jocosamente: “Nosotros, los portugueses somos más generosos con los turistas. Al cruzar la frontera desde España les regalamos una hora”.

A pesar de los avances, hay que reconocer que el conocimiento recíproco entre españoles y portugueses todavía no es satisfactorio, dada la proximidad geográfica y las buenas carreteras que unen ambas naciones. ¿Cuál es el portugués más conocido en España? La respuesta es unánime: Cristiano Ronaldo. ¿Y al revés? Los portugueses responden de manera mucho más variada: el Presidente del Gobierno Mariano Rajoy, el Rey Felipe VI y la Reina Letizia, el Rey Emérito Don Juan Carlos y la Reina Sofía, el catalán Carles Puigdemont.

No hay unanimidad entre los españoles y portugueses en temas puntuales que suscitan el tradicional interés de la sociedad histórica y de los estudiosos en general. Un ejemplo gráfico — a la fugura tan emblemática como Cristóbal Colón (Cristóvão Colombo). Algunos investigadores, entre ellos Manuel Rosa [<http://www.colombo.bz/>], sostienen que Cristóbal Colón no era genovés, sino portugués, que por una serie de razones pasó al servicio de la Corona de Castilla. Los argumentos a favor del origen luso del gran navegante son múltiples: es sabido que en los años 70 del siglo XV vivió varios años en Portugal, donde se dedicó junto a su hermano Bartolomé a dibujar cartas marinas (*portulanos*) para venderlas en Lisboa; en 1479 se casó con la portuguesa Felipa Moniz, hija del gobernador de Porto Santo de Madeira; los filólogos descubrieron muchos *portuguesismos* en los escritos del Almirante, etc.).

Conclusiones

Algo ocurre para que Portugal no haya querido nunca formar parte de España, salvo el período de sesenta años, entre 1580 y 1640, cuando reinaron allí los tres Felipes de España (Felipe II, Felipe III y Felipe IV). Da la impresión que los portugueses han preferido ser “cabeza de ratón a cola de león”. Desde que recuperaron su independencia han vivido a espaldas de España, volcados en el Atlántico y en sus colonias, empeñados en diferenciarse de sus vecinos.

Pero se equivocan los que creen que en el pasado tanto remoto, como reciente ambos países han vivido en plena confraternidad ibérica. Todo lo contrario. Los felices años de amistad se alternaban con tenebrosos períodos de guerras y rivalidades dinásticas. En la Edad Media, por desgracia, las guerras e incursiones punitivas han sido fenómeno común en la historia milenaria de ambos países.

En el siglo XXI se ha desarrollado una amplia cooperación en transportes, sanidad, educación, etc., y también han servido para crear diversos mercados ibéricos (electricidad, gas, etc.).

Los dos países ibéricos tuvieron que afrontar en la última década una crisis de la que sus relaciones han salido reforzadas ya que, de vuelta al crecimiento económico desde finales de 2013 en ambos casos, los intercambios comerciales han seguido una tendencia ascendente en los dos sentidos.

La profundización de la relación bilateral en materia de lengua y cultura en la última década ha permitido, en particular a partir de los memorandos suscritos en las últimas cumbres bilaterales, potenciar la presencia de manifestaciones culturales en ambos países, promover la colaboración entre instituciones y, sobre todo, expandir la enseñanza del español en Portugal y del portugués en España, que muestran hoy en sus indicadores el creciente interés recíproco que las dos sociedades sienten entre sí.

Es lógico suponer que las simpatías emotivas o desavenencias históricas difícilmente puedan minar los vínculos políticos bilaterales o alterar sustancialmente la cooperación económica mutuamente ventajosa.

Sin embargo, los prejuicios psicológicos y recelos del pasado son capaces de regenerar un ambiente hostil o provocar brotes de enemistad en situaciones conflictivas que aún persisten en las relaciones hispano-lusas. No se debe descartar la posibilidad de que en el futuro seamos testigos de discrepancias y desavenencias en las relaciones luso-españolas, pero sin lugar a dudas no van a ser casos estructurales, sino puntuales.

Literatura

1. López V. “De Espanha nem bom vento nem bon casamento” / Ed. A Esfera dos Libros. — Lisboa, 2012. — 262 p.
2. Martínez Ruiz E.; Maqueda C.(coords.); Cantera S; Fernando Ladero M.; Montero S.; Olivera C. “Atlas Histórico de España I”/ Ediciones Istmo, S. A. — Madrid, 2003. — 247 p.
3. Barros T. “Sumario de História de Portugal” / Editora Educação Nacional de Adolfo Machado. — Porto, 1948. — 206 p.
4. Cabero Diéguez V. «Portugal y España: una mirada geográfica a las relaciones ibéricas». Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles. — Madrid, 1997. Núm. 25, pp. 3–15.
5. Costa Neves C. «Las relaciones político-diplomáticas entre Portugal y España en la segunda mitad del siglo XX». Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea. — Madrid, 2001. Núm. 21, pp. 397–408.
6. Fernando Rosas R. “El fin de las dictaduras ibéricas (1974–1978)” // Centro de Estudios Andaluces. Sevilla, 2010, p. 264.
7. Terrero J., Reglá J. “Historia de España. De la prehistoria a la actualidad” / Ed. Óptima, S. L. — Barcelona, 2004. — 464 p.
8. Lorenzana de la Puente F. (coord.), Mateos Ascacíbar F.(coord.). “Iberismo. Las relaciones entre España y Portugal. Historia y tiempo actual: y otros estudios sobre Extremadura” / Editores: Sociedad Extremeña de Historia. — Badajoz, 2008.
9. ABC, 20.05.2010. — URL: <http://www.abc.es/20100521/nacional-asuntos-exteriores/portugal-relaciones-201005211231.html>
10. El País, 18.04.2018. — URL: https://politica.elpais.com/politica/2018/04/17/actualidad/1523979066_678611.html
11. El País 15.04.2018. — URL: https://elpais.com/internacional/2018/04/14/actualidad/1523730280_784312.html